

Microrrelato

Washington Delgado

En el dulce verano

Me rindo a las suntuosidades del verano: en las mañanas y en las tardes, al mediodía o en la noche, contemplo el cielo, contemplo el mar. Al amanecer se levanta una lenta neblina. No es la niebla ácida y desgarradora del invierno que nos empuja sin compasión a guarecernos bajo un techo cualquiera. Las dulces neblinas matinales del estío nos invitan a caminar sobre la arena, húmeda todavía por los besos de la noche y de la pleamar. Al mediodía el sol canta muy alto, tan alto que no se percibe su canción, pero una transpiración encrespada y salobre inunda nuestra piel. Salobre como la espuma de las olas. En las tardes, el sol llamea y crece, pinta el cielo de colores extraños y crece más antes de hundirse en las vastas aguas. En las noches del estío, una tibia brisa, llena de amor y olvido, viene del invisible mar. Estas son las suntuosidades del verano: yo las contemplo o me sumerjo en ellas con placer.

Y no pienso en mí mismo porque nací en invierno y siempre me he sentido un pequeño pedazo del tiempo invernal.